

siderarse rigurosamente como «desierto». Ella abarca una extensión de 200 a 350 kilómetros, de Este a Oeste, entre la nueva línea de frontera —la de 1870— y «el borde de la formación del monte cuyo más corpulento representante es el caldén (*Prosopis caldenia*), árbol grande que crece en pobladas masas o en isletas, alternando con dilatadas extensiones de dunas continentales fijas o en movimiento por obra de los fuertes vientos procedentes casi siempre del cuadrante sudoeste»<sup>17</sup>.

Las tolderías indígenas se hallaban establecidas y dispersas en un vasto territorio, al norte del río Colorado y entre éste y el río Negro. Unos diez mil aborígenes, especialmente ranqueles o rancules, lo habitaban.

Pero este «desierto» hernandino tiene también otra significación esencial: la otra faz de la geografía física. La del gaucho como entidad humana e histórica, fuera de toda abstracción: el «desgraciado hijo del desierto» de que habla en su escuela a Pedro M. Flores. El héroe romántico excede el escenario bonaerense, del mismo modo que lo sobrepasó su creador. El Estado Oriental quedó, como la Mesopotamia argentina, en múltiples giros, dichos o meros vocablos del poema, como en ese «Más lagarto serás vos» o en esa casi enigmática comparación: «como perro con tramojo», que son orientales y no occidentales bonaerenses. Y Río Grande del Sur se reflejó en el verso que dice «la suerte nos dejó aflús», es decir, sin un real, sin un medio, completamente ciegos; y en otros regionalismos, resabios de arcaísmos portugueses y castellanos. Porque la mentada República Guaraní, de fuerte proyección cultural sobre el sur brasileño, el Uruguay y Corrientes y Entre Ríos—una verdadera unidad cultural en un tiempo—, se metió en el poema, casi subrepticamente, con los abrojos que prendió en las ropas del Hernández peregrino a la fuerza<sup>18</sup>.

A tales significantes y significados hispanoamericanos no les corresponde una raíz aborígen, y aquí tocamos un punto que no ha sido lo suficientemente valorado y esclarecido. Cuando Unamuno y Menéndez y Pelayo (en 1894 y 1895, respectivamente) descubrieron la «pura raza» española y los modismos populares hispánicos predominantes en el poema hernandino no estaban en condiciones de información suficiente para advertir que su descubrimiento sobrepasaba con creces la esfera del *Martín Fierro*. Porque lo español popular y arcaico no está sólo en este poema, sino en toda la literatura llamada gauchesca, y en la gauchipolítica, desde sus orígenes, en la medida en que este género refleja el habla de

<sup>17</sup> HORACIO A. DIFRIERI: «La geografía del *Martín Fierro*», en *Logos*, núm. 12, Universidad de Buenos Aires, 1972.

<sup>18</sup> FERMÍN CHÁVEZ: «Lo criollo riograndense en el poema de Hernández», en *Brasil/Cultura*, año IV, núm. 27, Buenos Aires, enero-febrero de 1978.

los gauchos, grávida a su vez de vocablos y de «boquiblos» populares españoles.

Si bien no contamos todavía en la Argentina con estudios pormenorizantes de aquella proyección idiomática hispánica—fundamentalmente, con formaciones arcaicas—, la cual se convierte en plantel del habla gaucha y, consecuentemente, de las letras en estilo gaucho, estamos en condiciones de sostener que esta parla no es original del Río de la Plata, hablando con propiedad, sino que proviene de diversas regiones de España donde ella aún sobrevive, bajo idénticas formas, según se puede demostrar.

Términos y boquiblos que viven en América, tales como *mesmo*, *naide*, *ande*, *tavía*, *verdá*, *escuro*, *arrempujan*, *rajaron*, *pacencia*, *raís*, *pa* y *claro*, lo mismo que las deformaciones de *ido* en *ío* (prometío, nació) y de *ado* en *ao* («sin pecao concebía», usuales aún hoy en vastas zonas campesinas rioplatenses, estaban vivas en España por lo menos en la primera década de este siglo, cuando el poeta Vicente Medina publicó su obra *El rento. Novela de costumbres murcianas*, en realidad «novela dialogada» o «drama representable», como la llama su autor<sup>19</sup>. Lo mismo ocurre con las palabras terminadas en *ado* y que se convierten también en *au*, forma que se mantiene fresca en mi provincia, Entre Ríos.

Un autor de mi generación, Héctor Nicolás Zinni, ha señalado recientemente esta progenie, poco documentada, después de localizarla en dos raros libros: *La musa del arroyo*, de J. López Silva, Madrid, *circa* 1911, y *Escenas aragonesas*, de J. Víctor Tomey, Buenos Aires, *circa* 1920. Entre otras cosas, en el libro de López Silva documenta la presencia de la expresión *velay*, tan propia de las letras gauchas como equivalente de «Aquí tiene usted» o «Vea usted»<sup>20</sup>.

Otro escritor argentino, el santiagueño Orestes di Lullo, un auténtico maestro del folklore y de la cultura de los pueblos del interior, documentó hace casi dos décadas la procedencia de numerosos arcaísmos que, por algún tiempo, los americanos creímos formaciones aborígenes. En textos de viejos autores españoles localizó Di Lullo términos familiares para el pueblo de Santiago del Estero, tales como: *agora*, *aguaitar*, *unque*, *ansí*, *asegún*, *dentrar*, *diz que*, *entoavía*, *escuro*, *estrumento*, *güeso*, *horcar*, *jergones*, *jeta*, *ladino*, *lamber*, *matadura*, *matraca*, *maula*, *mentar*, *mesmo*, *naide*, *pacencia*, *sepoltura*, *polecía*, *taita*, *trujiste*, *velay*, *vide* y otros<sup>21</sup>.

<sup>19</sup> VICENTE MEDINA: *El rento. Novela de costumbres murcianas*, Cartagena, 1907.

<sup>20</sup> HÉCTOR NICOLÁS ZINNI: «La autenticidad de nuestro vocabulario criollo», en *La Prensa*, Buenos Aires, 7 de octubre de 1979.

<sup>21</sup> ORESTES DI LULLO: *Elementos para un estudio del habla popular de Santiago del Estero*, Santiago del Estero, 1961.

Desde luego que la tarea de enhebrar las cuentas desparramadas a partir de la ruptura que nos impuso el iluminismo ahistórico no ha sido fácil, ni mucho menos satisfactoria: recién ha comenzado y en ella están empeñados unos pocos investigadores, conscientes de que la cultura oficial argentina ha marginado una tradición siempre salvada por el pueblo.

### ¿QUIÉNES DESCUBREN EL «MARTÍN FIERRO»?

Esta marginación es tan visible que se percibe también, con claridad, en el campo de la crítica y valoración del *Martín Fierro*. Porque ocurre que quienes ponderaron el poema en el momento de su aparición, y advirtieron su más hondo contenido, terminaron siendo negados por la crítica académica, que no se tomó el trabajo de averiguar qué había pasado con la obra hernandina en vida del poeta. Sencillamente, se forjó la tesis de que no había merecido el reconocimiento de sus contemporáneos.

Dicha tesis es inconsistente, porque, en rigor de verdad, los hernandistas salen a luz no bien la obra fue puesta en circulación y entró en contacto con el lector urbano y rural. No es verdad que el poema y que José Hernández no interesaran a la generación a que el poeta pertenecía. Ocurrió que los comentaristas modernos de la obra se contentaron, ante ella y ante la figura de Hernández, con repetir ciertos presupuestos, corrientemente aceptados y en gran medida consagrados, que hablan de la nebulosidad de la existencia del poeta y de «un hombre que no tuvo ningún interés por los problemas de la cultura», según afirma olímpicamente Ezequiel Martínez Estrada, para no recurrir al testimonio de críticos mucho más extraviados o extravagantes <sup>22</sup>.

Los hechos señalan, con respecto a *La vuelta*—como aquí nos interesa—, que su publicación suscita importantes juicios valorativos en el curso de 1879. Así, los de Miguel Cané, ya citado, de fecha 12 de marzo, y de Ricardo Palma, del 5 de mayo. A ellos se agrega el de Juana Manuela Gorriti, en su carta fechada en Lima el 5 de abril de 1880, en la cual consigna la entusiasta acogida que el poema había tenido en la capital peruana.

Ricardo Palma elogia el contrapunto entre el Negro y Martín Fierro y los consejos de éste a sus hijos, para luego formular este juicio cierto: «La poesía popular que cultivaron Hidalgo y Ascasubí está llamada

---

<sup>22</sup> La expresión está en *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, tomo I, México-Buenos Aires, 1948. Pero se han formulado tesis más extravagantes aún, por ejemplo, la de que Hernández no escribió el *Martín Fierro*, cfr. ELÍAS GIMÉNEZ VEGA/JULIO GONZÁLEZ: *Hernandismo y Martínfierrismo*, Buenos Aires, 1975.

a ejercer positiva influencia sobre la moralidad del pueblo. Consagrarse a ella como usted lo hace es ejercer un sacerdocio»<sup>23</sup>.

La Gorriti, parienta lejana de Hernández, le comunica la «entusiasta acogida» que ha tenido en Lima el poema, el cual, según ella, era para los peruanos un *rosario en Berbería*. Una especie de sánscrito. Y da el ejemplo de los famosos versos que dicen: «Hicimos como un bendito / Con dos cueros de bagual.» El peruano consultado lo interpretaba así: «en lo del bendito expresa la prontitud con que arreglaron las pieles de ese animal»<sup>24</sup>. La narradora salteña tuvo que explicarle que se trataba de otra cosa: de un toldo improvisado, con la forma en que se ponen las manos para rezar el Bendito, vieja y popular oración castellana.

Quien descubre por primera vez el carácter sociológico o político del libro fue un escritor boliviano, potosino, Pablo Subieta, quien le dedicó al *Martín Fierro* cinco trabajados artículos, publicados en un diario porteño durante el mes de octubre de 1881. Estos cinco artículos, que aparecen oscuramente reproducidos en las primeras ediciones del poema y posteriormente menospreciados por la crítica, deben ser rescatados como los más lúcidos de cuantos se escribieron en vida de Hernández sobre su obra.

«Martín Fierro es más que un payador de pulpería—decía Subieta—; es el filósofo, el revolucionario, el gran político, el moralista, el Prometeo de la campaña, la encarnación palpitante del gran problema social. En el fondo de ese poema sencillez, lacónico y armonioso, se encuentra la verdad desnuda, clara, elocuente; a través de las diáfanas y elegantes vestiduras de nuestra *toilette* social se descubre la llaga cancerosa que corroe las entrañas del organismo.» Y añadía el alto peruano: «Es necesario tener toda la capacidad de espíritu, toda la paciente observación, todo el sentimiento de justicia, todo el aplomo de convicciones de Hernández para haber penetrado y arrostrado tan decididamente la grave cuestión social que agita nuestro seno, casi con tanta vehemencia como el nihilismo, el internacionalismo, el fenianismo, el comunismo o el carbonarismo»<sup>25</sup>.

Después de Subieta, el doctor Evaristo Carriego y Pablo della Costa pusieron de relieve el contenido humanista y filosófico del poema hermandino y, con posterioridad a la muerte de Hernández, ocurrida en 1886, enriquecieron la bibliografía sobre el poeta y su obra Rafael Hernández, Adolfo P. Carranza, Juan José García Velloso, Tomás Moncayo Avellán, Unamuno, Menéndez y Pelayo y Alberto Ghirardo. Este último

<sup>23</sup> En *Martín Fierro*, 14.<sup>a</sup> ed., cit.

<sup>24</sup> *Ibidem*.

<sup>25</sup> *Ibidem*.

no solamente puso el nombre de *Martín Fierro* a la importante revista que dirigió entre marzo de 1904 y febrero de 1905, sino que también, al presentarla, repitió palabras textuales de Pablo Subieta, aquel crítico fundamental que las había escrito veinte años antes.

#### DE LAS FUENTES Y EL PENSAMIENTO DE HERNÁNDEZ

Por algún tiempo tuvo aceptación entre los intelectuales argentinos la tesis de Leopoldo Lugones según la cual el poema hernandino fue producto de una «creación inconsciente» y el poeta ignoraba «la trascendencia de su obra». Hoy tales asertos resultan insostenibles, después que los principales estudiosos del *Martín Fierro* y de la personalidad de su autor han llegado a otras conclusiones, fundados en lo que el propio poeta sostiene en el primer canto de *La vuelta* y en los más serios testimonios sobre las lecturas de Hernández.

*Lo que pinta este pincel  
Ni el tiempo lo ha de borrar;  
Ninguno se ha de animar  
A corregirme la plana;  
No pinta quien tiene gana,  
Sino quien sabe pintar.  
... ..  
Y no piensen los oyentes  
Que del saber hago alarde...*

Sobre la cultura de Hernández, a pesar que el tema da para un libro, contamos ya con suficientes investigaciones como para determinar sus aspectos sustanciales. Ya en 1881 el doctor Nicolás Avellaneda se había referido a ella, indirectamente, en una conocida carta a Florencio Madero donde se preguntaba «¿Qué ha estudiado Martín Fierro?», y se respondía: «Antes de conocer sus hábitos literarios y de revisar su biblioteca, ya lo sospechaba y lo he confirmado después por su propia confesión y por la inspección de sus libros. Ha estudiado, como Cervantes, los proverbios de todos los pueblos y de todos los idiomas, de todas las civilizaciones, es decir, la voz misma de la sabiduría, como los llamaba Salomón. Ha recogido la médula del cerebro humano... No puedo ponerme al habla con mi amigo el doctor Larsen, que se ha ausentado a otras regiones, estudiando el árabe; pero apenas sea posible comunicar con él he de pedirle que estudie los diálogos de *Martín Fierro* y que, despojando los dichos de sus expresiones locales, los restituya a sus verdaderos autores, es decir, al Corán, al Antiguo Testamento, al Evange-

lio, a Confucius o a Epicteto. Estos dos últimos son, sobre todo, los autores predilectos de Martín Fierro y sus dicharachos gauchos no vienen a ser en el fondo sino proverbios chinos o griegos»<sup>26</sup>.

La formación estoica de Hernández y su preferencia por los principales autores de dicha escuela filosófica están definitivamente probadas gracias a los estudios realizados por Angel Héctor Azeves, quien efectuó un cotejo de textos que no deja lugar a dudas sobre el estoicismo del poeta bonaerense, transferido a su criatura literaria. Este mismo hernandista completó lo afirmado por Nicolás Avellaneda sobre «los proverbios de todos los pueblos» que Hernández conocía al determinar que en la Argentina de la década de 1870 se contaba con el libro clave para una iniciación en dicha literatura: *La sabiduría popular de todas las naciones o los viajes de un bracma*, de Fernando Denis, el cual fue traducido y publicado en Buenos Aires, en 1849, por el culto altoperuano Vicente Pazos Kanki<sup>27</sup>. Por lo demás, el propio Hernández citó ese libro de Denis en uno de sus prólogos.

Otro autor antiguo, anterior a Epicteto, influyó también notablemente en el poeta gaucho, muy probablemente a través de Séneca. Hablo de Publio o Publilio Siro, escritor del siglo I a. C., cuyas sentencias nos llegan especialmente por conducto de Macrobio, Aulio Gelio y el ya citado Séneca.

Hemos rastreado hace tiempo la totalidad de los proverbios atribuidos al poeta dramático latino en una *Collection des Auteurs Latins*<sup>28</sup>, con textos bilingües, de 1883, a falta de la obra *Senecae sententiae*, y el resultado de nuestra compulsión ha sido la presencia de este otro estoico en el *Martín Fierro*:

*Etiam capillus unus habet  
umbram suam.*

Y hasta el pelo más delgado  
Hace su sombra en el suelo.

*Difficile est custodire quod  
multis placet. y  
Non facile solus serves, quod  
multis placet.*

Que es muy difícil guardar  
Prenda que otros codicean.

*Recte sapit, periculo qui  
alieno sapit. y  
Ex vitio alterius sapiens  
emendat suum.*

Que aprovechen la experiencia  
Del mal en cabeza ajena.

<sup>26</sup> FERMÍN CHÁVEZ: «Los primeros hernandistas», en *Martín Fierro un siglo*, Editorial Xerox Argentina, Buenos Aires, 1972.

<sup>27</sup> Hubo un ejemplar de este libro en la Biblioteca Nacional.

<sup>28</sup> Ejemplar en nuestra Biblioteca Nacional.

En algunos casos la fuente del verso hernandino puede localizarse en más de un autor. Así, en lo que respecta a dos ya consignados: *Es mejor que aprender mucho / El aprender cosas buenas*, proviene sin duda de Séneca, quien escribió: *Libros non refert quam multos habeas, sed quam bonos*. Tan importante como estos descubrimientos en la letra es verificar que la lectura atenta del poema revela una reiteración de temas que fueron los preferidos de los maestros del estoicismo: la amistad, el buen nombre, la miseria, el perdón, el trabajo y el ocio, la vergüenza, la vida como escuela, la lágrima de la mujer, la desgracia como ocasión de virtud, la ignorancia como excusa de pecado, el olvido, la audacia, la muerte como bien cuando la vida es dolor y miedo.

Sospecho que José Hernández fue permeable también a otra influencia, importante en el Río de la Plata: la de Karl Christian Friedrich Krause, representante del idealismo romántico que es considerado figura secundaria en Alemania, pero que supera generosamente ese rango en la cultura hispana y en la hispanoamericana. No digo que el escritor bonaerense fuese krausista en sentido riguroso, sino en un sentido lato, en tanto su inteligencia habría sido influida y fecundada por el pensamiento de Krause, a través de los españoles <sup>29</sup>.

Pienso en el concepto krausista de que el individuo no puede ser considerado aisladamente, sino en un todo, como parte de un organismo de mayor comprensión: la amistad, la familia, tribu, pueblo, raza, humanidad. Al mismo tiempo, el organismo donde Dios se realiza es el mundo, que es Dios mismo desarrollado en el tiempo y en el espacio:

*En las sagradas alturas  
Está el Maestro principal,  
Que enseña a cada animal  
A procurarse el sustento,  
Y le brinda el alimento  
A todo ser racional.*

Si hay algo característico en el fondo del pensamiento hernandino y de sus programas políticos es ese sentido de solidaridad social propio del krausismo, que es consecuencia de una religiosidad política: de una suerte de misticismo y de «Iglesia de los pobres», tal como lo ha estudiado Pierre Jobit <sup>30</sup>. No podemos demostrar hoy si Hernández conoció la refundición hecha por Julián Sanz del Río del *Ideal de la Humanidad para la vida*, de Krause, que el castellano publicó en 1860, pero sí podemos sospechar fundadamente que el atento periodista y buen lector

<sup>29</sup> En América hubo krausistas en el sentido riguroso, definido por Rafael Altamira: entre otros, Julián Barraquero, en su tesis de 1878; Hipólito Yrigoyen, a través de G. Tiberghien; Wenceslao Escalante y Carlos N. Vergara. En sentido más amplio lo fue José Martí. Cfr. ARTURO ANDRÉS ROIG: *Los krausistas argentinos*, Puebla, México, 1969.

<sup>30</sup> PIERRE JOBIT: «El problema religioso del krausismo», en *Cuadernos de Adán*, II, Madrid, 1945.

que fue el autor de *Martín Fierro* tuvo noticias de la República española de 1873, efímera república de filósofos cuyo tercer presidente fue el krausista Nicolás Salmerón.

Por lo demás, senequismo y krausismo son conceptos complementarios en el tiempo, según tesis, que comparto, de Luis Araquistain. Este autor ha dicho certeramente: «Una de las características de los krausistas españoles fue, en efecto, su gran moral estoica y una austeridad que a veces, contradiciéndose con la vida, lindaba en lo ridículo»<sup>31</sup>.

Yo diría que estoica y krausista es la figura protagónica y romántica de Martín Fierro, en quien se encarnó como en ninguno el espíritu del poeta gaucho, rebelde primero y conciliador después, pero siempre dominado por aquella idea que, sin saberlo, le dictó Séneca hace diecinueve siglos: «*Membra sumus corporis magni*».

FERMIN CHAVEZ

Chile, 685, 2.º  
BUENOS AIRES (Argentina)

---

<sup>31</sup> LUIS ARAQUISTAIN: «El krausismo en España», en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, núm. 44, París, septiembre-octubre de 1960.